

CONCURSO LITERARIO 2008-09

NARRATIVA. NIVEL 2 (ALUMNOS DE 4º DE E.S.O. Y BACHILLERATO)

PRIMER PREMIO

AUTOR: ALBERTO SÁNCHEZ SEQUEIRA (4º E.S.O. C)

ELLA

Algún que otro verso le sonaba en la cabeza, como un zumbido que no le dejaba pensar ni respirar.

Estaba andando; y la lluvia fina le rozaba los brazos y los ojos, teniendo que entrecerrarlos para ver con claridad.

Un paso, otro, otro, hacia lo desconocido; sin destino aparente.

Las gentes se tapaban sus cabezas y su pelo, y su cuerpo, con paraguas, capuchas e, incluso, carpetas, como temiendo mojarse. Sin embargo, ella avanzaba despacio, lentamente, con su mochila y sus libros en su interior. No le importaba mojarse. “Tan sólo es lluvia”, se decía.

En esos momentos, su personalidad bipolar estaba saliendo a flote.

Teniendo quince años, su felicidad y su tristeza jugaban partidas de ajedrez, y, a veces, quedaban tablas; o mate pastor. Pero siempre comienzan las blancas. Siempre empezaba los días con una sonrisa, un bien interior que se manifestaba en risas y bromas. Pero, a su pesar, una vez finalizado el instituto, su carácter cambiaba. Se sentía sola, incomprendida por un mundo en el que las cosas se deben hacer sólo porque las hacen los demás. Ella le dijo a una amiga que no encontraba mucho sentido a las cosas, ya que llevaba un tiempo sin pasarle nada interesante:

—No tiene por qué tener que ser interesante la vida para vivirla. Sí, sientes cosas, o malas o indiferentes, pero por lo menos sientes algo; imagínate no sentir nada, ni

siquiera existir. Deberías esperar a lo bueno; porque si suponemos que existe el bien y el mal, y el mal ya lo has experimentado, también tendrás que experimentar lo bueno. Espéralo.

—Llevo toda mi vida esperando lo bueno, cosas interesantes, pero no llegan —dijo la amiga.

—Mira, piensa una cosa: ¿Recuerdas cuando tenías diez años y todo era distinto; tu vida era distinta, y, más aún, tu forma de verla y de afrontarla ha dado una vuelta de tuerca? Si eso te ha sucedido en tan sólo cinco años, imagina cómo será tu forma de existir dentro de diez.

Mientras ella recordaba esta conversación, seguía caminando tranquilamente.

La gente, histérica, corría, como si en vez de gotas de agua fueran rayos del cielo.

Un hombre, calvo, bigotudo, castaño, con un abrigo de cuero; con un maletín negro, con unos pantalones de pana *beige*, con unas gafas con montura transparente, corría histérico, agachando la cabeza para no mojarse. Cuando se cruzó con ella, fue como si la retara a un duelo a muerte. Fue una de esas miradas de odio que hace la gente, sin querer o queriendo o, sólo, por distraerse. La miró como si se tratara de un fantasma. La calle estaba casi desierta, y las losetas del suelo estaban mojadas. Al fondo de la avenida, los escaparates de las tiendas y los portales se veían difuminados por la fuerte lluvia. Un cartel amarillo de un concesionario se veía tan borroso que sus grandes letras blancas que rezaban Renault casi eran ilegibles; pero ella ya conocía ese cartel.

La escena se asemejaba al viajar en un coche cuando es de noche y está lloviendo. Esa sensación de calma, de sueño; las gotas resbalando por los cristales manchados de cielo color azul marino.

Llegó a una plaza, con unas palomas en la fuente del centro, en la cual se paró y decidió su próximo camino. Tenía tres o cuatro opciones. Escogió la calle más cercana. Anduvo por sus losetas varios minutos, con acciones de entrar a sitios; a una iglesia, concretamente, pero su timidez juvenil se lo impedía.

Paso tras paso divisó un colegio religioso. Sus ventanas estaban calladas. “Siendo media tarde, los alumnos ya se habrán marchado a sus casas”, pensó. Vislumbró un banco, cansada, y se sentó en él. Estaba un poco mojado, pero qué importaba. Allí, sacó su cuaderno y empezó a escribir una carta, lo que le vino en gana, observando el banco que tenía enfrente. Y escribió:

Si estuviese allí, cada banco tendría su aroma. Allí cada pisada recuerda su nombre. Cada pisada, cada voz, cada ola, es semejante a su son.

Y yo, aquí, sentada en este banco, a muchos pasos de él. Llegará el día que escriba la nota de mi marcha y de mi ausencia.

Mis pasos —no unas ruedas— tardarán, pero llegarán hasta los suyos... pronto...pronto.

Es tal la felicidad que yo siento entre sus cigarros, sus camas, sus escaleras, sus viajes a ninguna parte, sus charlas, sus ausentes ausencias...

Y mirar el mar; azul, verde y amarillo; y las plaquetas blancas; y el aire azul; y nuestros ojos azules y los suyos... Mientras tengo frío sentada aquí, aún en Madrid.

En esta ciudad que te cerca, que te sitia en los códigos de la ética. ¿Qué es eso? Eso no importa, nada me importa.

Sólo sus tardes, sus ojos..., mis letras.

Sólo ella sabía a quién se refería.

Pronto —después de un intento de estudiar algo—, prosiguió su marcha.

Pero, por culpa de la disposición de la plaza, sus pasos fueron obligados a volver por donde habían venido y, al no tener destino concreto, decidió no seguir en la misma dirección.

Al pasar por una parada de autobús, volvió a ver a los chicos que había visto la primera vez. Era curioso, porque era imposible que siguiesen esperando al autobús. Estaban en una disposición comunicativa. Las dos chicas, sentadas en el banco metálico pardo y oxidado; y él estaba de pie, frente a ellas, haciendo aspavientos y haciéndolas reír con comentarios chistosos. Parecía que eran amigos los tres. Pero ella pensó en ellos, aun no conociéndolos. “¿Cómo serían en realidad? ¿Por qué siempre las personas parecen al principio una cosa y luego terminan por ser de otra forma?” Éstas eran preguntas que solía hacerse ella. Pero no iba a detenerse más. Dejó de pensar en ellos y prosiguió su incierta andanza.

La calle se acabó. Personas de todos los tamaños y colores andaban, ajenos a ella y a lo que ella pensaba. Pero todo el mundo que se cruzaba con ella la miraba, como a todos, a los ojos, directamente. No sé por qué motivo hay gente que te mira amenazadoramente, como jugando a ver quién es más fuerte. Como diría ella, luchando por ser “*el líder de la camada*”.

Bajando la calle —siempre bajando, claro—, llegó a una plaza aún mayor, de la que surgía una gran carretera. Allí, cogió el autobús, cansada, sobre todo de llevar a cuestas la pesada mochila.

Una parada, otra, otra, hasta que llegó a la suya.

Andaba de vuelta a la casa, de vuelta a la familia, a la tarea de la realidad, al salir adelante, al vivir el futuro olvidando el presente, o a vivir el presente olvidando el futuro.

Abrió la puerta, entró, y...

Silencio.